

HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA SOCIAL: ¿ POR QUÉ UNA TEORÍA Y UNA IDEOLOGÍA CONTRA LA DESIGUALDAD? (*).

HISTORY AND SOCIAL ARCHAEOLOGY: WHY A THEORY AND AN IDEOLOGY FACING THE INEQUALITY?.

Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ.

C/ Cardenal Zapata nº 5-3º. 11004 . Cádiz.

Correo electrónico: jcarlosdp@hotmail.com

Resumen.

Es muy frecuente hoy en día la proliferación de discursos “científicos” que arremeten contra el peso de la ideología en la historia y la arqueología. Partiendo de un repaso a las principales alternativas de la arqueología a lo largo del siglo XX se presenta una justificación de por qué es necesaria desde la coherencia científica esta presencia explícita, por qué no existe en realidad ninguna ciencia sin ideología y qué ha supuesto para el conocimiento en la ciencia histórica la aparición de la así llamada *Arqueología Social* iberoamericana.

Palabras Clave: *Arqueología Social* iberoamericana, materialismo histórico, empirismo, arqueología procesual, neo-darwinismo, Posmodernidad, funcionalismo, estructuralismo.

Abstract.

Nowadays it's very usual the proliferation of “scientific” reasonings which rush at the power of ideology in History and Archaeology. Beginning with a review of the main alternatives in Archaeology along the 20th century, we offer an argument about why this explicit presence is necessary from the scientific coherence, why a science without an ideology does not exist at all and what the appearance of the so-called Latin-American *Social Archaeology* has supposed for the knowledge in the Historical Science.

Key Words: Latin-American *Social Archaeology*, historical materialism, empirismo, Processual Archaeology, neo-Darwinism, Postmodernity, funcionalism, structuralism.

(*). Fecha de recepción del artículo: 10-abril-2003. Fecha de aceptación del artículo: 15-diciembre-2003.

Sumario. 1. Arqueología, ciencia y sociedad. 1.1. Arqueología y sociedad. 1.2. Arqueología y ciencia. 1.2.1. En el principio fue... Gordon Childe. 1.2.2. El evolucionismo cultural. 1.2.3. La vieja 'Nueva Arqueología' como arqueología procesual. 1.2.4. Las arqueologías post-procesuales. 2. La *Arqueología Social* iberoamericana. 2.1. Posición teórica. 2.1.1. Área valorativa. 2.1.2. Área ontológica. 2.1.3. Área epistemológica-metodológica. 2.2. Desarrollo práctico. 3. Conclusiones. 4. Notas. 5. Bibliografía.

1. Arqueología, ciencia y sociedad.

1.1. Arqueología y sociedad.

Hace algunos años, cuando en el panorama político nacional se consolidaba, ahora ya con mayoría propia, el gobierno conservador, advertí a algunos compañeros (que confiaban en que con ello se pusieran públicamente de manifiesto las graves carencias de la derecha en política social) sobre los riesgos que suponía la pronta incorporación a las convicciones marxistas de nuevos elementos procedentes de esta crisis coyuntural. Ponerse de moda de manera cíclica no es nada extraño. Ni aconsejable. Es más, para quien no hace de la política un medio de "trabajo", en estas efervescencias puntuales se puede encontrar más peligro de adulteración ideológica y oportunismo pseudo-intelectual que el presumible reforzamiento de la base social que toda propuesta revolucionaria demanda de manera permanente del colectivo ciudadano.

Tal como era más que previsible especialmente para aquellos "tres o cuatro", marginales, que defendíamos el marxismo aún con más fuerza cuando gobernaba el partido socialista, el paso firme y seco, contundente, de la derecha más reaccionaria por los gobiernos de la práctica totalidad del mundo occidental no ha tardado en provocar un efecto concienciador en muchos que parece convencer más por repulsa irracional a lo ajeno que por sincero aprecio de nuestros fundamentos, además de que este rechazo viene más a menudo concluido contra las formas que por el fondo de estos nuevos devocionarios¹.

Por otro lado, resulta patente que vivimos en un momento en el que los partidos social-demócratas, por necesidades del guión sobre "alternancia democrática" tramado en la transición sobre el modelo del canovismo restaurador monárquico, vuelven a encontrar su histórica identidad socialista; y en el que se intenta recuperar el mensaje joven y libertario izando banderas de compromiso social donde hace algunos años, cuando ocuparon el poder nacional, no había más que políticas y credos liberal-reaccionarios.

Thompson (1981: 275) ha retratado el colectivo social sobre el que se apoya esta postura política de clara tradición "althusseriana" (aunque la mayoría no tiene ni idea de lo que ésto significa) con singular crudeza y plasticidad:

“... algunos de estos jóvenes burgueses rebeldes lo están haciendo muy bien. Todavía participan tal vez en el movimiento socialista, mientras que los otros –los egotistas que cuentan entre sus ‘placeres’ el de dárseles de ‘revolucionarios’- acabarán sin duda ejerciendo como severos directores de escuela o como tiránicos papás... Muy pronto los mejores de ellos renunciarán al examen moral exclusivista de sus propios asuntos interpersonales y adoptarán un punto de vista más amplio de la sociedad. Y allí descubrirán la misma lógica escrita con todas sus palabras. ‘Lograr saber y por consiguiente poder sobre el mundo’ significará, para el egotista sin freno, colocar a otras personas bajo su poder. Las razones de la Razón, no constreñidas por la conciencia moral, se convierten muy pronto en las razones del interés y, luego, en las razones del estado, para alcanzar desde ahí, en una progresión sin límite, las racionalizaciones del oportunismo...”

Como consecuencia, en nuestra disciplina como en cualquier otro campo se ha producido esta *seducción preconcebida* por el engañoso turnismo pendular al que nos tienen acostumbrados los regímenes liberales, que escapan así de otros desarrollos políticos no homologados. Así, en los grupos de trabajo de base y entre los nuevos investigadores y arqueólogos a los que la doctrina institucional de “lo políticamente correcto” aún no ha amansado, “...hoy casi todo el mundo se considera ‘marxista’... El marxismo se ha puesto de moda recientemente: viste bien, e imparte un aire de radicalismo, libertad y juventud hasta al más conservador trabajo arqueológico. La terminología marxista se usa frecuentemente...; para algunos aparentemente ser ‘marxista’ equivale simplemente a estar en contra del ‘neopositivismo reaccionario’ de la Nueva Arqueología...” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 5²).

Al margen de estas cuestiones de coherencia ideológica (que no de “pureza”), lo que aquí nos interesa es establecer unas consideraciones básicas para discernir aquellos fundamentos teóricos sobre los que se deben construir nuestras investigaciones, habida cuenta de que, sin duda, “se puede adornar un trabajo con términos marxistas, pero esto no lo califica como arqueología marxista; tampoco es suficiente añadir referencias a los clásicos, como parte sólo de una declaración de principios... sin que la teoría marxista tenga un papel importante en la investigación. Estos trabajos no serían marxistas bajo el criterio de que para serlo deberán respetar la integridad del programa marxista en sus tres aspectos (filosófico, sustantivo y político) y no sólo en su terminología” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 8).

Es cierto que en nuestro país y mirándonos en nuestro propio espejo, presos del golpe de martillo en el yunque que va elaborando sin descanso una conciencia donde no hay más horizonte que el dinero y la propiedad personal ni más ideal que el egoísmo básico, uno se siente tentado todos los días de no creer necesario más que un reajuste del sistema (un cambio, un cambio sobre el cambio,...), especialmente si en mayor o menor medida uno se está beneficiando de la injusticia del reparto³. Esto tiene unas claras consecuencias sobre nuestra posición teórica.

“Como buenos miembros de la clase media, tal vez nos resulte cómoda la idea de que es suficiente la práctica político-académica, pero no satisfactoria. Surgen así varias preguntas relacionadas: por ejemplo, ¿se puede seguir solamente la teoría del Materialismo Histórico sin el resto de la posición teórica marxista –ser materialista histórico sin ser marxista? ¿Es legítimo seguir sólo la parte teórica sin el compromiso con la parte política?...” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 8).

1.2. Arqueología y ciencia.

Este contexto ideológico en el que predomina lo inexpresamente homologado en los nuevos catecismos liberal-doctrinarios podemos degustarlo los arqueólogos de cualquiera de las ramas marxistas cuando desde la “Ciencia oficial” se sorprenden de la confianza en una teoría científica (curiosamente alternativa) que, además de ser explícita sobre ello, no se avergüenza de sostenerse sobre su propia ideología, como si las demás hubieran sido engendradas desde la Verdad sin mácula ni distorsiones o interpretaciones en el tránsito. De esta manera, a pesar de la imagen que se pretende popularizar, “lejos de trabajar sin una toma de posición política, tradicionalmente se trabaja siguiendo postulados no-explicitados y por lo tanto no expuestos a la crítica racional” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 12).

No pocos han olvidado ya, especialmente en representaciones “teatrales” públicas y mítines pseudo-científicos privados, que la ciencia, como decía Popper, no descansa sobre sólidos pilares asentados sobre la roca madre de la observación, sino sobre pilastras encajadas en el lodo (Gándara, 1987: 8, sobre una cita de Lakatos).

Por otro lado, “la historia del conocimiento en general demuestra que el objetivo de conocimiento de toda ciencia se halla en constante cambio... La naturaleza de estos cambios obedece a que, en la profundización de los conocimientos, se descubren aspectos, facetas y leyes nuevas, no estudiadas ni descubiertas antes...” (Vargas Arenas, 1986a: 5).

De ahí que, a pesar del éxito en la satisfacción personal de los nuevos- viejos investigadores empeñados en someter permanentemente a crítica lo ajeno para no tener con hacerlo con lo propio cuya validez “ya se ha demostrado” (se supone que de manera permanente e incuestionable), para nuestro oficio de arqueólogos científicos, debemos necesariamente convenir que “una historia debe considerar no sólo las teorías aisladas, sino los postulados epistemológicos, ontológicos, metodológicos, éticos, políticos e, incluso, estéticos, así como las teorías tanto sustantivas como de la observación... Sin embargo, para la tendencia dominante la ciencia es simplemente un conjunto de datos e interpretaciones ‘neutrales’. Para muchos resulta sorprendente que alguien se llame marxista y pretenda al mismo tiempo ser científico... Es paradójico que se reconozca el elemento político de la posición marxista y se nieguen sus teorías científicas, mientras que se pretende que las posiciones no-marxistas carecen de intenciones políticas y contienen sólo teorías científicas” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 6). Esta convicción es la que hace que la arqueología contemporánea siga manteniendo una

epistemología empirista y, además, ingenua que cree ciegamente que los datos son por sí mismos autoevidentes, significativos y no-problemáticos (Gándara, 1987: 8) obviando que “la explicación causal es una meta cognitiva legítima, y que las explicaciones no se producen solas, ni ocurren si los científicos no las buscan de manera explícita” (Gándara, 1992: 94).

Por contra, si concebimos a la arqueología como una ciencia histórica será necesario elaborar un cuerpo teórico explícito que sustente sus explicaciones, preocupación que ha venido siendo enfrentada (y, a veces, evitada) por los especialistas desde los años 50.

1.2.1. En el principio fue... Gordon Childe.

Childe es sin duda el investigador que ha contribuido en mayor medida a la interpretación de la historia de las sociedades del pasado basada en una información fundamentalmente arqueológica. Ante la necesidad común de dar explicaciones verdaderamente científicas y consistentes de los procesos sociales emprendió una sistematización metodológica basada en su vastísimo conocimiento de la documentación arqueológica existente, lo que le hizo converger –en nuestra opinión de manera ineludible– con el materialismo histórico (Bate, 1978: 8).

Su rebelión en contra de las teorías y prácticas arqueológicas tradicionales y su esfuerzo por llevar la arqueología sobre unos nuevos cauces más apegados a la racionalidad del saber científico abrió tantos caminos para su construcción con nuevos criterios teóricos y metodológicos que aún en la actualidad se reconocen como herederos suyos los partidarios de concepciones diametralmente opuestas de la historia y la arqueología social (VVAA, 1979: 83).

Por entonces reinaba una profunda insatisfacción con el trabajo predominantemente monumental de la arqueología tradicional, así como con la construcción de “historias culturales” que en realidad muchas veces no eran más que secuencias cerámicas. Por aquellos años, para los arqueólogos empeñados en la discriminación de los hallazgos arqueológicos por su excelencia estética o visual, acuñaba P. Armillas, integrante mejicano de este incipiente movimiento de crítica, el descriptivo término de “piramidiotas” (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 9-10).

Frente a este planteamiento, sobre las inmensas posibilidades de nuestra disciplina para superar la literatura descriptiva y político-cultural, Childe fue el primero en afirmar que “los testimonios arqueológicos no se limitan en modo alguno a los utensilios para la producción y a las armas bélicas. Bajo condiciones apropiadas podemos aprender mucho acerca de los modos de producción, así como de los medios de producción. El papel de la industria secundaria y primaria y el comercio puede valorarse a partir de los datos observados. Cabe inferir con cierta seguridad la extensión de la división del trabajo y la distribución del producto. Se pueden hacer conjeturas plausibles sobre la existencia de esclavos, la posición de la mujer y la herencia de la

propiedad. Incluso la superestructura ideológica puede llegar a constituir el tema de prudentes hipótesis” (1984: 43)⁴.

Sin duda, la lista de estas posibilidades difiere poco de lo que, en el mejor de los casos, constituye hoy en día el ideal de los objetos de estudio de un historiador-arqueólogo que pretenda profundizar realmente en el estudio global de una formación económico-social. Pero, paralelamente, no se abstuvo de concretar cuáles eran aquellas “condiciones apropiadas” de trabajo al sostener que “solamente una exploración, una recolección y una excavación exhaustivas, sistemáticas e intensivas unidas a una comparación y análisis igualmente exhaustivos, detallados y científicos de las observaciones resultantes, pueden suministrar material suficiente para semejante resurrección real de culturas extinguidas...” (Childe, 1984: 43).

Contrariamente a lo que sostenían los defensores de la arqueología procesual (especialmente Willey y Philips) Childe consideraba que la arqueología no es una ciencia antropológica, sino histórica y una ciencia social. En consecuencia utilizaba un método explícito y una teoría social e histórica claramente definidos: el materialismo histórico (Vargas, 1985: 5).

1.2.2. El evolucionismo cultural.

El interés de los arqueólogos norteamericanos por el evolucionismo cultural tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial surgió de la profunda preocupación de la época por el crecimiento económico y el desarrollo. Esto hizo que las propuesta teóricas derivaran en gran medida del *corpus* de economistas del liberalismo económico clásico como Adam Smith o John Stuart Mill, de los que extrajeron conceptos como el de la sociedad civil como una economía autónoma, autorreguladora y aislada de la esfera política (Patterson, 1990: 7).

El predominio de estos arqueólogos que defendían un enfoque cultural evolutivo comparativo “coincidió” con el auge y cristalización de la llamada “coalición de crecimiento” en los Estados Unidos después de la guerra y con la hegemonía política y económica de este país en el panorama internacional. Los intereses de esta coalición iban en la misma dirección que los del Estado hasta tal punto que las políticas públicas desde el final de la guerra hasta los primeros años de los sesenta fueron influidas decisivamente por los intereses de los grandes monopolios y el capital financiero norteamericanos, especialmente por los grandes centros de poder del este de los Estados Unidos (Patterson, 1990: 9). El efecto inmediato sobre nuestra disciplina fue el importante capital invertido en las ciencias sociales a través de ayudas y subvenciones desde la National Science Foundation a arqueólogos que respaldaban investigaciones de este tipo cultural evolutivo (Patterson, 1990: 8).

Por lo general eran funcionalistas que aceptaban la distinción entre formas sincrónicas y diacrónicas de análisis. Su perspectiva era regional y comparativa, en lugar de particular y universal. Se ocupaban de los cambios evolutivos, en vez de los históricos. Para ellos “el

cambio ocurría cuando nuevas herramientas y formas institucionales aparecían como resultado de una invención independiente o del préstamo” (Patterson, 1990: 7). No obstante, cuando para ellos se agotaba el potencial de la etapa, se desarrollaba rápidamente “un tipo cultural nuevo, cualitativamente diferente, con sus propios arreglos económicos, políticos y sociales característicos...” (Patterson, 1990: 8). Ocasionalmente, algunos de ellos, incluso, llegaron alcanzar posiciones neo-malthusianas sugiriendo que el cambio era una respuesta a un equilibrio cada vez más precario entre la población y los recursos agrícolas (Patterson, 1990: 7).

Ya a finales de los cincuenta, mientras aparecían las primeras críticas teóricas serias al enfoque cultural evolutivo, se produjo un cambio ideológico y político trascendental al imponerse en los grandes centros de decisión del capital la necesidad explícita de promover el desarrollo capitalista entre los países del Tercer Mundo y, con ello, la de emprender estudios cuya información histórica asegurara el dominio político de estos países.

1.2.3. La vieja ‘Nueva Arqueología’ como arqueología procesual.

Como consecuencia de la materialización en nuestra disciplina de las aspiraciones de postguerra a construir un *nuevo mundo* y, especialmente, un nuevo cuerpo teórico que permitiera explicar el desarrollo general de la Humanidad (Vargas, 1985: 7), la *New Archaeology* supuso desde un principio una sana aspiración a fundamentar el carácter científico de la arqueología a través de la búsqueda de modelos generales explicativos (leyes o regularidades) de los procesos sociales partiendo de los datos “de campo”, a la vez que se propugnaba el abandono de los hábitos descriptivos y la metodología inductivista prevalecientes en gran medida en nuestra disciplina hasta entonces (Veloz Maggiolo, 1984: 7).

Los nuevos arqueólogos aceptaron la posición de que el único tipo válido de explicación debe tomar la forma de ley cobertora absoluta o estadísticamente válida, posición que asume que la explicación y la predicción son equivalentes la una a la otra. Tales explicaciones tomaron el modelo de las ofrecidas por las ciencias físicas (Trigger, 1982: 241).

Estos vanguardistas que defendían la nueva arqueología proclamaban su ruptura con el pasado de ésta, a la vez que presumían de las características innovadoras de su programa y “...se veían a sí mismos en el alba de un futuro de promesa y potencial ilimitados” (Patterson, 1990: 6). Los principales valedores de esta corriente, que en la práctica suponía una aproximación a la antropología desde una perspectiva neopositivista, han sido Lewis Binford y la Universidad de Michigan.

Como tal consiste en varias tendencias autónomas de pensamiento teóricamente incompatibles a las que ha mantenido unidas su reacción común contra el empirismo tradicional y una teoría de la ciencia y la explicación fundamentada en los principios del positivismo lógico, lo que supuso la aplicación directa a la arqueología de los procedimientos metodológicos de las ciencias naturales, así como su preocupación por la causalidad (Patterson, 1990: 9). Esta

explicación se construye en la Nueva Arqueología de acuerdo con el modelo inicialmente presentado por Hempel y Oppenheim en 1948 y desarrollado más tarde por el primero (en 1965). Las leyes de este modelo han de lograrse mediante la aplicación del método hipotético-deductivo, lo que implica la adopción de estrategias en las que las hipótesis son el punto de partida y su contrastación el objetivo consciente del trabajo, a diferencia del método tradicional en el que las interpretaciones son el resultado final y generalmente no se someten a contrastación (Gándara, 1982a: 63).

Con todo, esta postura que ciertamente caracterizaba su tendencia original no tiene mucho que ver con la llamada “arqueología sistemática” en la que se rechaza o, al menos, se cuestiona el modelo hempeliano y se ofrece a cambio una alternativa “sistémica” basada en la Teoría General de Sistemas (Gándara, 1982a: 60). Bajo esta orientación, sus metáforas más manejadas fueron los sistemas, procesos y mecanismos de los organismos-máquinas de alta tecnología que deslumbraban por aquella época, así como las leyes generales que explicaba su comportamiento. Con todo, bajo esta explicación de modelos teóricos como el de la Teoría General de Sistemas no había más que una aproximación encubierta a la antropología desde la fiebre neopositivista con claros fundamentos en el estructuralismo y el idealismo, con lo que, al final, la explicación estructural de la sociedad resultaba siempre más importante que la forma en que ésta se estructuraba.

Por otro lado, estos arqueólogos también adoptaron nociones de los evolucionistas culturales como que los sistemas culturales se iban haciendo cada vez más complejos al pasar de una etapa o nivel de desarrollo al próximo, lo que se ha dado en llamar “gradualismo” (Patterson, 1990: 11).

Aunque como tal no ha explicitado la motivación existente detrás de sus trabajos (como no podía ser de otra manera si tenemos en cuenta las diferencias entre estas posturas teóricamente concurrentes), en general “se menciona a la ciencia como un valor y a la investigación como intrínsecamente positiva –valores supuestos desde la propia ideología liberal- pero no hay un pronunciamiento ni político ni ético claro... Quizá la variante sistémica ha sido la más consistente en su señalamiento cuando menos de preocupaciones de orden ecológico general que asumen valores de equilibrio dinámico para el “sistema Tierra” (Gándara, 1993: 13).

Para esta concepción de la arqueología concebida como parte integrante de la antropología la cultura es una forma de adaptación y, aunque el ataque de Binford a la visión idealista de ésta en su día hizo surgir esperanzas entre los arqueólogos críticos, la adopción del neopositivismo lógico compromete a la Nueva Arqueología desde sus orígenes a una ontología idealista compatible con esta orientación idealista subjetiva. Así, aunque adopte una posición materialista implícita, ésta no se caracteriza más que por su inconsistencia teórica, lo que generalmente denominamos “materialismo o ecología cultural” de fundamento adaptativo y una

consecuente determinación natural. Su modelo explicativo ha sido expresivamente ilustrado por Mario Sanoja:

“Los individuos se apropian su objeto de trabajo adaptándose a él, elaborando ante las urgencias mesoambientales instrumentos y medios de producción, condiciones de trabajo que representan lo exactamente requerido para mantener un equilibrio con las condiciones externas, de modo que el entorno, el ambiente, pasa a convertirse en una determinante de la peculiaridad del desarrollo social. El grado de desarrollo se medirá entonces por la capacidad de adaptarse para sobrevivir y el estudio de la arqueología estaría más orientado al reconocimiento de las variaciones particulares de la cultura que representarían otras tantas formas de adaptación ambiental” (1984: 38).

Como para éstos el material arqueológico no es más que un registro estático y contemporáneo, entienden que su descripción no constituye un estudio del pasado. Para ello es necesario justificar previamente cómo este material puede informarnos sobre “sistemas culturales” extintos. Como resultado de su articulación, estos materiales tienen una organización interna (“la estructura arqueológica”) que debe reflejar la operación de los diferentes subsistemas, a través de una serie de inferencias realizadas siguiendo el método hipotético-deductivo. La organización del registro arqueológico puede demostrarse como la ocurrencia de patrones de distribución y asociación no-aleatoria entre los materiales componentes, lo que implica necesariamente el control de esta representatividad y la certeza de la información y el desarrollo de las técnicas de muestreo y de análisis estadístico (Gándara, 1982a: 63). De ahí el uso frecuente de computadoras y de estas técnicas de análisis que han llegado a caracterizar popularmente a la Nueva Arqueología, aunque es evidente que tal extremo no es característico más que de una lectura parcial, errónea y esnobista de ella.

Dada la estrecha relación existente entre la ontología y la epistemología estos extremos se materializarían en la metodología utilizada, cuyo fin, además, suele oscilar entre el verificacionismo y el falsacionismo dogmático, tal como corresponde a su idealismo subjetivo y a su fundamentalismo moderado (Gándara, 1993: 16-17).

Por otro lado, estos nuevos arqueólogos eran funcionarios estatales: profesores universitarios, técnicos o burócratas en varios niveles del aparato estatal. “En las reuniones profesionales se las daban de profesionales, analistas del registro arqueológico que ofrecían un tipo de conocimiento puramente instrumental, libre de valorizaciones” (Patterson, 1990: 12). Como ciudadanos y funcionarios estatales, sufrían el efecto de fuerzas y presiones que con frecuencia eran difíciles de comprender y más aún de controlar. La consecuencia, como no podía ser otra, fue que sus investigaciones acabaron por servir directa o indirectamente para legitimar las actividades y los intereses del Estado a nivel local, a nivel regional y a nivel mundial.

Esta Nueva Arqueología nació y se consolidó en el ambiente de optimismo y confianza de los años de la Nueva Frontera y de la Gran Sociedad y alcanzó relevancia durante los años de

Nixon a finales de los sesenta y principios de los setenta, época en la que, además, se produjeron movimientos similares en disciplinas tan dispares como la geografía, la física o el inglés (Patterson, 1990: 12). Pero, a partir de estos años que marcaron el final del período más largo del crecimiento económico sostenido de la historia norteamericana y muy especialmente desde finales de los setenta, el entusiasmo empezó a decaer debido a la falta de materialización de sus principios en descubrimientos importantes y en la falta de aquel progreso de la ciencia arqueológica ilimitado en que desde un principio se había fervientemente confiado. Desde entonces, su evolución, en cambio, tuvo más que ver con la crisis del modelo global norteamericano, el impacto de la Guerra de Vietnam y la aparición de los primeros movimientos de conservación de la ecología (Gándara, López y Rodríguez, 1985: 6).

La falta de consenso entre sus correligionarios cristalizó en una multiplicación de enfoques alumbrando nuevas tendencias teóricas que nacían con la conciencia plena de la incapacidad que había demostrado la teoría general para producir explicaciones históricas contrastadas sobre la práctica de campo. Entre estas nuevas tendencias “una, criticando las imágenes creadas por la perspectiva positivista y el reduccionismo de la arqueología procesual – la tendencia principal- se arraiga en el pensamiento estructuralista...[la que venimos considerando “sistémica”]; la otra... se fundamenta en el pensamiento social marxista...” (Patterson, 1990: 6).

Por otro lado, esta crisis teórica de la Nueva Arqueología coincidió con las crisis políticas y económicas sucesivas que arruinaron a los Estados Unidos desde mediados de la década de los setenta (devaluación del dólar, crisis del petróleo, caso Watergate,...). Fue entonces cuando los nuevos arqueólogos desplazaron su atención al papel del intercambio, a los modelos de crecimiento continuo, a la “teoría de la catástrofe” y a la elaboración de los *Sistemas Mundo*, todo ello bajo una literatura neo-darwinista de corte marcadamente antifuncionalista (Ibidem: 13). Lo que demuestra, una vez más, que la evolución ideológica de las sociedades, en nuestro tiempo como en el pasado, no sólo no camina al margen de los acontecimientos económicos con los que convive, sino que, ambos procesos, permanecen inevitablemente condicionados.

1.2.4. Las arqueologías post-procesuales.

Desde principios de los ochenta y como respuesta a la pérdida de confianza en los principios y en los resultados de la arqueología procesualista, la arqueología genéricamente llamada post-procesual pretendió de manera inexplicita ofrecer modelos de estabilidad o de cambio gradual a la sociedad norteamericana en crisis de valores tras la pérdida de su influencia internacional que se venía produciendo desde los años sesenta. En general partía de un compromiso con la sociedad postmoderna y, por tanto, con los principios y las necesidades del así llamada capitalismo tardío o postindustrial.

Las distintas ramas post-procesuales apoyan así diversas visiones del mundo neo-hegeliano:

- una, que se supone descendiente de Robin Collingwood, considera el registro arqueológico como un texto que hay que decodificar y privilegia con ello la elocuencia del arqueólogo como intérprete;
- otra, basada en los textos de Foucault, subraya la importancia del contexto histórico contemporáneo a la producción del conocimiento;
- y otra, heredera de Althusser y de Habermas y que a través de éste mantiene vínculos con la Escuela de Frankfurt, considera la arqueología como un producto ideológico del presente que revela la intencionalidad humana en la producción del conocimiento, lo que supone un consecuente regreso al relativismo y al idealismo.

Paralelamente algunas corrientes de la arqueología post-procesual han tratado de reforzar sus fundaciones fenomenológicas con las apropiaciones acríicas de las perspectivas del marxismo. Así, por ejemplo, en América los arqueólogos que promueven desde los ochenta una alternativa contra la Nueva Arqueología (agrupados bajo la denominación común de RATS: *Radical Archaeology Theory Group*) parten del convencimiento de que la incapacidad de nuevos desarrollos por parte de la arqueología procesual se debe a que fundamentó sus esperanzas “en la eficaz instrumentalidad de un método determinado y que carece de teoría orientadora de la investigación... Así, los post-procesualistas americanos se han dedicado a ensayar la viabilidad de diversos planteamientos teóricos en la investigación arqueológica tomando frecuentemente referencias en las diversas corrientes del marxismo” (Bate y Nocete, 1993: 7-8). En cualquier caso, entre los autores de esta reacción crítica, a pesar de haber dejado expuestas las limitaciones de la carencia de una teoría sustantiva general en la arqueología procesual, predomina más bien un eclecticismo teórico-metodológico que difícilmente puede conducir al desarrollo de nuevas propuestas consistentes (Bate, 1992: 60).

Esta apropiación por parte de la arqueología del post-estructuralismo ha tenido como consecuencia, entre otras, la apertura del debate de la historia misma bajo el concepto de “la crisis de la historicidad”, según el cual las fuentes no objetivas desarrollan un importante papel en la constitución del conocimiento. De esta manera amenazan directamente el supuesto cientifismo de la Nueva Arqueología: su marco conceptual, la separación de la teoría y la práctica, la obsesión por la técnica y su presenta objetividad (Patterson, 1989: 6-7).

En Europa, donde esta teoría crítica había nacido como parte de un movimiento político posterior a la Primera Guerra Mundial que reaccionaba frente a la fenomenología y al nihilismo de Nietzsche, fue revitalizado por los movimientos estudiantiles de los sesenta. De ahí que los cimientos de estas diversas arqueologías postprocesuales se opongan a los del estructuralismo y deban considerarse antagónicos a la antropología simbólica (Patterson, 1989: 8).

Los defensores de esta arqueología estructural criticaban las hipótesis funcionalistas de los nuevos arqueólogos, en especial los problemas y las limitaciones de la analogía orgánica, la teoría funcionalista del cambio, la distinción entre cultura y función, la relación mal concebida entre gente y sistema y la disolución de la oposición cultura/naturaleza (Patterson, 1990: 14), aunque, al igual que los nuevos arqueólogos rechazaban la noción de determinación fundamental de la base económica. En general se preocupaban más por las reglas que moldean las estructuras que por la forma de estas estructuras, por las relaciones más que por las entidades, y por los procesos más que por lo que se produce en ellos (Patterson, 1990: 15).

Expresado con más claridad, lo que realmente interesaba eran las significaciones. Estas significaciones podían tener soportes materiales, cuya existencia no solamente se reconoce, sino que es el objeto de estudio, pero lo fundamental era que las significaciones son siempre significaciones “para alguien”. Esta consideración asume y privilegia el papel del sujeto como constructor del mundo e, indirectamente, una postura idealista subjetiva. Lo peligroso para los historiadores es que al proponer que cada sociedad posee su cultura y, con ella, su propia verdad de la historia, negaba la existencia real de ésta y convertía al registro arqueológico en una mera proyección fruto de la interpretación individual sin existencia real de manera independiente a éste.

En la investigación arqueológica esta posición se expresa mediante un modelo en el que lo social es un todo no orgánico ni jerarquizado. Aunque no niega la importancia de una determinación material, no la destaca como particularmente eficaz. La arqueología postprocesual retoma lo que se había dado en llamar “la democracia de factores”, en donde todo puede ser causa de todo (Gándara, 1993: 16). Por otro lado, a nivel epistemológico-metodológico adopta posturas anarquistas o nihilistas, así como un escepticismo considerado oportunista en el contexto histórico concreto de su desarrollo (Gándara, 1993: 17).

Con todo, la limitación más importante de esta arqueología de corte estructuralista residía en su incapacidad para explicar el cambio histórico, que acababa negándose o reduciéndose a combinaciones de un número de elementos regidas por el azar, con lo que, al final, el mecanismo del cambio social e histórico era poco más que el resultado aleatorio de una tirada de dados (Gándara, 1993: 15).

2. La Arqueología Social iberoamericana.

2.1. Posición teórica⁵.

El panorama científico de la arqueología era, a finales de los sesenta, desalentador. Para quienes habían confiado particularmente en las posibilidades de la Nueva Arqueología y en las demás fórmulas post-procesuales en su afán por “convertir en ciencia” la disciplina, no era ya ningún descubrimiento reconocer los extremos en que aquel empeño se había quedado:

1º. El objeto científico de la arqueología se había convertido casi exclusivamente en resolver problemas cronológicos y de distribución espacial, para lo cual el “módulo” era la producción de secuencias y áreas culturales más o menos estandarizadas (como eran, por ejemplo, la división de cada período histórico en tres etapas: arcaica, clásica y helenística ó I, II y III).

2º. Para tal fin resultaba imprescindible la articulación de los conjuntos y datos en las consecuentes tipologías, con lo que la reflexión teórica quedaba reducida a la definición, importancia y variantes de los distintos tipos de artefactos:

“... la tradición arqueológica del trabajo de campo se ha orientado mayormente hacia la construcción de cronologías basadas en el análisis estético y formal de muestras selectas de fragmentos y piezas de alfarería con poca o ninguna referencia a sus aspectos contextuales, tradición que todavía tiene mucha aceptación entre arqueólogos del área” (Sanoja, 1984: 38-39).

3º. Las únicas categorías “explicativas” eran, emanadas de estos hechos, las de *horizonte, tradición, foco o fase*, que no pasaban de ser una mera transcripción casi mecánica de viejas preocupaciones teóricas para explicar etnográficamente el comportamiento en el espacio (“áreas culturales”) y en el tiempo (“tradiciones”) de estas culturas. Esto hacía de la arqueología un soporte idóneo para explicaciones difusionistas y evolucionistas que, curiosamente, venían asociadas al colonialismo y al neo-darwinismo, es decir, a la indiscutible superioridad de los privilegiados (Veloz Maggiolo, 1984: 5).

A esta incorporación de las arqueologías post-procesuales al ideario constitucional de las propuestas más conservadoras podemos sumar la insuficiencia de sus logros frente a las posibilidades y a las necesidades de la explicación histórica para explicar esta crisis que se produjo desde los sesenta tras la descomposición de la vieja etnología y ante el avance considerable de las ciencias sociales.

Pero, probablemente, las palabras que mejor puedan definir este clima de profunda insatisfacción (intelectual y emocional) existente entre los arqueólogos iberoamericanos que ya se hizo patente en el XI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Lima en 1970, sean las de Luis Lumbreras, en lo que prácticamente se ha convertido en el texto básico “fundacional” de la Arqueología Social iberoamericana:

2.1.1. Área valorativa.

“La arqueología no es, como no lo es ninguna ciencia, una etérea actividad académica aislada de los problemas de la sociedad donde se desarrolla: es, y siempre ha sido, un instrumento activo de la lucha social que se ventila permanentemente; sirve para cohesionar y dar sustento a la clase

social que la utiliza. La Arqueología es arma de opresión cuando sirve para justificar la explotación de los campesinos indígenas de nuestros países, desarrollando Teorías que muestran su inferioridad frente a los invasores europeos y su productividad a la decadencia. Es arma de la opresión cuando se usa para crear el caos y el azar en la historia anónima de los pueblos prehistóricos ágrafos. Es arma de la opresión cuando convierte en objeto al sujeto histórico. La Arqueología, en cambio, es arma de liberación cuando descubre las raíces históricas de los pueblos, enseñando el origen y carácter de su condición de explotados; es arma de liberación, cuando muestra y descubre la transitoriedad de las instituciones y las pautas de conducta. Es arma de liberación cuando se articula con las demás ciencias sociales, las que se ocupan de los problemas de hoy, y muestra la unidad procesal de la historia en sus términos generales y en sus particularidades regionales y locales” (1981: 6).

Resulta evidente que esta área valorativa se deriva de una motivación política y ética, que ya definiera el mismo Marx: se trata de transformar la realidad y no sólo de conocerla o entenderla.

“En el caso de la realidad social, se parte de que, en la situación actual, se presentan fenómenos de asimetría y explotación... Precisamente es la conciencia de la necesidad de transformar esta situación de injusticia... la que motivó buena parte de las reflexiones originales de la Arqueología Social: sus protagonistas buscaban hacer congruente su práctica política con su quehacer profesional”

“... si se parte de una teoría en que la explicación de la historia es una de las precondiciones de la modificación del presente y la predicción del futuro, se entenderá que muchos procesos que transcurren hoy en día tienen una profundidad histórica que nos remonta a etapas para las que sólo se cuenta con documentación arqueológica... De esta manera, al plantearse como objetivo cognitivo central la explicación, el arqueólogo puede contribuir a dilucidar los procesos que desembocan en la situación actual; y su motivación es, a la vez, ético-política y científica, ya que se pretende que el conocimiento generado no sólo nos proporcione una mejor comprensión de la trayectoria humana, sino que pueda ser un factor en la comprensión del presente” (Gándara, 1993: 12-13).

2.1.2. Área ontológica.

Heredera en igual medida de Childe como de una lectura crítica de Marx centrada especialmente en el estudio de las formaciones sociales preclasistas, la Arqueología Social no tardó en reivindicar con una posición teórica explícita el carácter científico de la arqueología y su dedicación al estudio de las sociedades históricas, aunque con métodos distintos a la Historia (Veloz Maggiolo, 1984:7). Su objeto de estudio, como cualquier ciencia social, en palabras de Iraida Vargas (1985: 5) es “la sociedad en todas sus formas y aspectos de organización y desarrollo, no sólo en cuanto a las actividades que el hombre realiza y sus productos resultantes, sino también su propia historia con toda su multiplicidad, como procesos que existen objetivamente y se han transformado gracias a la acción humana”.

La Arqueología Social hereda del marxismo una ontología materialista, dialéctica y realista, en la que se piensa en lo social como una totalidad jerarquizada como una eficacia

causal que, en general, debe ubicarse en las bases materiales de la vida, y, en particular, en la forma en que las relaciones sociales de producción se organizan a partir de las formas de propiedad (Gándara, 1993: 15).

En este contexto para sus integrantes quedaba claro que:

“la concepción dialéctica de la realidad representa un avance histórico importante en cuanto a uno de los objetivos fundamentales de la ciencia: acercarse al conocimiento de la realidad como es. Y se parte del hecho insoslayable de que la realidad no es simple ni es estática. De acá derivan dos de los principios fundamentales de la dialéctica: concatenación universal (o unidad material del mundo) y movimiento universal. Estos, unidos al principio materialista de la objetividad de la realidad, constituyen los principios generales del materialismo dialéctico” (Bate, 1982: 22).

En cualquier caso, habría que subrayar claramente que:

“lo que define la especificidad del método materialista histórico en la arqueología no es de por sí ni la teoría ni la aplicación de técnicas particulares, sino la congruencia entre técnicas, la lógica metodológica y la teoría, como una unidad dinámica indisoluble” (Bate, 1978: 11).

Frente a los fundamentos adaptativos del materialismo/ecología cultural, la Arqueología Social defiende que el hombre se relaciona con la naturaleza para apropiársela y transformarla según sus necesidades mediante el trabajo. O, dicho de otro modo, la sociedad no se adapta a la naturaleza, la explota. Y son precisamente los grupos privilegiados los que planifican de manera intencional estas acciones productivas (Vargas, 1986b: 67-69). Esta concepción resulta fundamental, puesto que, a pesar de lo que de manera simplista pudiera parecer en su momento, resulta crucial para afirmar de manera tajante que no todo el materialismo es histórico y que ser o pretender ser materialista a secas no constituye de principio ninguna señal definitiva de identidad, como demuestra la plasmación más clara de esta diferencia esencial:

“Las condiciones mesoambientales constituyen una mediación, una posibilidad para el alejamiento de los hombres de las condiciones de la economía natural, alejamiento que se produce en la medida en que las relaciones entre instrumentos y medios de producción, condiciones de la fuerza de trabajo,... conducen a una mayor efectividad y continuidad de la producción” (Sanoja, 1984: 38).

Por otro lado:

“considerando a la arqueología como una disciplina de la ciencia social se entiende que comparte el mismo objeto de investigación y los procedimientos metodológicos generales que las demás disciplinas, como la historia, la sociología, la economía, la psicología social, la antropología, etcétera. Lo que define la particularidad de la arqueología es una tradición de oficio en el conocimiento de la historia de las sociedades a través de una clase particular de datos empíricos. A partir de los materiales y contextos arqueológicos, la arqueología conoce algunas de las actividades de la vida cotidiana bajo su singular forma cultural. Y con esa información se intenta inferir las regularidades que rigen los procesos generales de la totalidad socioeconómica

con el fin de explicar los distintos aspectos del desarrollo histórico concreto” (Bate y Gándara, 1991: 18-19; citado por Gándara, 1993: 14).

No obstante, Felipe Bate ha concretado más recientemente la particularidad de los fines de la arqueología de la siguiente manera:

- “1) Conocer procesos sociales a través de sus efectos en la transformación material de la naturaleza.
- 2) Inferir las diversas relaciones en que se integran las actividades humanas, a partir de los componentes materiales que, por lo general, se encuentran desvinculados de las mismas.
- 3) Inferir el sistema de contenidos fundamentales generales de las formaciones socioeconómicas, a través de sus formas culturales, como condición para la explicación de los desarrollos históricos concretos” (Bate, 1998: 44).

2.1.3. Área epistemológica-metodológica.

Bajo estas consideraciones quedaba claro que, al igual que para Childe, la arqueología se autoafirmaba como una ciencia histórica con leyes explicativas propias y un método y una teoría social explícitos: el materialismo histórico (Vargas, 1985: 7), pero también y de manera muy significativa se puntualizaba la separación de la Antropología colonialista.

“Pero ésta no fue una apropiación sin crítica y aplicación de las ideas de Marx, sino, muy al contrario, una revisión crítica de los fundamentos epistemológicos de la praxis arqueológica tanto como de los contextos social e históricamente contingentes en la que ésta tiene lugar” (Patterson, 1994: 533).

Uno de los aspectos críticos que los miembros de la Arqueología Social consideran que han incidido en las deficiencias tradicionales de nuestra disciplina a la hora de manejar la dialéctica materialista han sido un manejo pobre y mecanicista de las categorías del materialismo histórico y el hecho de que estas deficiencias en el manejo del materialismo dialéctico condicionan la incapacidad de negar dialécticamente las categorías de la llamada antropología “tradicional burguesa” (Bate, 1982: 5).

La Arqueología Social ha desarrollado también una reflexiva investigación de varios principios ontológicos como el rechazo de las formas materialistas científicas o mecánicas propias del evolucionismo cultural neo-darwinista que entienden que una totalidad es igual a la suma simple de sus partes (Patterson, 1994: 533). Frente a ello, el materialismo dialéctico no concibe esta totalidad sin una continua interacción entre estas partes que modifican sustancialmente al análisis regional o local y, en consecuencia, la realidad total.

No obstante, en aquel momento, faltaba la elaboración de los aspectos más prácticos de ésta. Para este fin, así como para la fijación inicial de aquellos aspectos teóricos iniciales, se convocó con el apoyo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México a un grupo de arqueólogos cuyas discusiones supusieron la publicación del primer documento conjunto que recogía las propuestas básicas del movimiento, así como sus objetivos inmediatos.

En el documento “Hacia una arqueología social (Reunión de Teotihuacán, octubre de 1975)” colaboraron, entre otros, José Luis Lorenzo, Luis Lumbreras, Eduardo Matos, Julio Montané y Mario Sanoja, además de especialistas de otras disciplinas que también estaban involucradas en el proyecto. Poseían en común un deseo de producir unos conocimientos extraídos de la arqueología mucho más complejos y significativos para el análisis de cada formación económico-social, pero, muy especialmente, como reflejan sus palabras, que estos conocimientos revasaran los límites de la élite científica y universitaria que los autoconsumía bajo las determinaciones implícitas de la ciencia más conservadora y tradicional.

“A la Arqueología como ‘ciencia para el conocimiento del pasado’ por el conocimiento mismo, sin tener en cuenta el ‘para qué’ ni el ‘para quién’, se opone cada vez más la conciencia de que su ‘utilidad social’ no debe ser sólo para placer de turistas, negocio de saqueadores, regodeo de coleccionistas privados, ni para llenar las bodegas de los museos nacionales y extranjeros...” (AAVV, 1979: 82).

Bajo estos parámetros teóricos, el Grupo de Teotihuacán, desde esa fecha, ha ido presentando su propuesta explícita sobre cuáles son sus fundamentos teórico-metodológicos, así como su función social.

2.2. Desarrollo práctico.

Fruto de este posicionamiento teórico, la práctica de la Arqueología Social posee unas señas de identidad que paulatinamente se alejan de manera significativa de lo que hasta hace muy poco se ha venido considerando como el campo de acción de los arqueólogos, demasiado apegados, por un lado, a las labores específicamente consideradas “de campo” y sin atender por ello a las más que posibles correcciones que su práctica diaria podía sancionar respecto al posicionamiento teórico original. Por otro lado, no resulta menos interesante su postura respecto a otras señas básicas de la arqueología de la postmodernidad. Estos son los fundamentos de su trabajo:

1. Resulta plenamente necesaria la revisión de categorías analíticas frecuentemente utilizadas (incluidas, especialmente, aquellas contenidas en el “catecismo” marxista) para

confirmar su grado de validez respecto de lo que hoy se exige del material arqueológico (AAVV, 1975: 91).

2. Cualquier medio técnico que se utilice, por muy avanzado y sofisticado que sea, resultará claramente incapaz de responder a preguntas que no han sido clara y concretamente formuladas. Resulta esencial definir claramente los fines de una investigación (AAVV, 1975: 87-88).

3. Una sociedad no existe en un vacío, sino que forma parte del medio que le rodea, con el que, además, mantiene una dialéctica específica. Resulta imposible, por tanto, cualquier reconstrucción de una sociedad sin contar con ello. De ahí que resulte imprescindible en nuestras investigaciones la participación de botánicos, zoólogos, geomorfólogos, petrógrafos,... (AAVV, 1975: 89).

4. La vida cotidiana no sólo no está fuera de la historia, sino que es el centro de ésta. La verdadera esencia de su sustancia social. “Las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianeidad” (Veloz Maggiolo 1984: 16-17, sobre una cita de Heller, 1985).

5. El culto al monumentalismo supone el abandono de los estamentos sociales más bajos, precisamente la base humana que hizo posibles tales sociedades, los pueblos que generaron con su fuerza de trabajo y su sacrificio tan magnos y casi imperecederos testimonios de su condición social. :

“...el investigador ha sentido muchas veces el llamado de lo grandioso, abandonando el estudio de los grupos humanos de clases o estamentos sociales más bajos, respondiendo así a lo más destacable en el espacio arqueológico, pero no en el tiempo histórico” (Veloz Maggiolo, 1984: 13).

6. El objeto de trabajo que aborda el arqueólogo, por un lado:

“constituye una muestra de la extensa gama de variabilidad fenoménica que constituye esa categoría que llamamos cultura”; y, por el otro, “esa variabilidad de la realidad sensible, de la experiencia empírica, forma parte de una unidad procesal histórica que permite explicar aquella diversidad cultural dentro de las regularidades de las leyes de la conducta social que constituyen el basamento general para la comparación e interpretación de los fenómenos arqueológicos” (Sanoja, 1984: 35).

Hace muy poco la mayor parte de las investigaciones arqueológicas ha partido de la limitación expresa que supone considerar cada sitio arqueológico como una expresión singular explicable frente a otros similares a través de una serie de caracteres formales o superestructurales comunes insertas en un proceso evolutivo específico (cronología). Frente a este planteamiento, la Arqueología Social también plantea una alternativa concepto-procedimental:

- un sitio arqueológico representa mucho más que una simple acumulación azarosa de restos materiales;

- éstos representan manifestaciones de una variada gama de acciones culturales que estuvieron ligadas a la existencia de comunidades humanas reales;

- la forma como se distribuyen los restos arqueológicos dentro del espacio excavado “indica una racionalidad en cuanto al uso del espacio para el desarrollo de las actividades domésticas a la reproducción y mantenimiento del grupo humano, sean estas actividades de carácter tecno-económico, social e ideológico”;

- el objeto del arqueólogo es:

“tratar de analizar el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que está representado en la interrelación de aquellas diversas actividades, dentro de un cuadro de categorías históricas representantes de un orden general del desarrollo social que permite no sólo comprender esos fenómenos arqueológicos como expresión de una calidad temporal y cultural..., sino como expresión dentro de las condiciones históricas de la formación social dentro de la cual se producen y de la cual constituyen una expresión concreta” (Sanoja, 1984: 35).

- “...Lo que [el arqueólogo] tiene bajo sus pies no es, pues, una asociación casual de artefactos, sino un conjunto de asociaciones de artefactos, aspectos y áreas de actividades cuya estructura representa la organización de la vida cotidiana de un grupo de individuos reunidos también para cumplir tareas objetivas y concretas dentro de un espacio conscientemente delimitado” (Sanoja, 1984: 41).

7. “Para el arqueólogo social, el estudio de los instrumentos de producción es el exponente del nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. Lo que distingue a las épocas económicas unas de otras, no es sólo lo que se hace, sino cómo se hace y, en esto, los instrumentos de trabajo son un indicador de las condiciones sociales en las cuales se trabaja” (Sanoja, 1984: 37).

“... En el curso de la historia, la forma como el grupo doméstico organiza su espacio ha tendido a reflejar el desarrollo de sus fuerzas productivas, sus condiciones de trabajo, su ideología. La lectura correcta de estos contextos... constituye un soporte necesario para interpretar otros indicadores definidos en base al análisis cuantitativo formal y funcional de los artefactos” (Sanoja, 1984: 41).

8. Aunque nuestro fin primordial en cualquier excavación sea lograr información sobre las sociedades del pasado, esto no implica, bajo ningún concepto, que se descuide la consolidación y restauración de todo lo descubierto (AAVV, 1975: 89).

9. Lejos de cualquier consideración académico-elitista, resulta fundamental difundir las razones de la actividad arqueológica, la manera como se realiza, sus resultados y la necesidad de que el pueblo tome conciencia del valor real de la Arqueología y se convierta de esta forma en el mejor defensor de su patrimonio cultural (AAVV, 1975: 91).

10. Paralelamente es preciso ampliar y mejorar nuestros mecanismos de difusión y divulgación para que puedan acceder a nuestros descubrimientos la mayor parte posible de la población (AAVV, 1975: 92).

11. En la misma línea debe estimularse la creación de museos locales que ejerzan esta función educadora entre los habitantes de la región y en los que se muestre su identidad propia (AAVV, 1975: 92).

3. Conclusiones

1. Sólo la autocrítica y la humildad puede producir algún día conocimiento. La soberbia y la prepotencia, la vanagloria de uno mismo y de su doctrina, la dedicación exclusiva a las élites intelectuales y especializadas condenan al investigador a encontrar únicamente “lo que buscaba” y estaba convencido de encontrar como forma “material” de sancionar su modelo social. Esta forma de hacer arqueología (o historia) ni es material, ni es dialéctica, ni es social. Como tal no pasa de ser un nuevo idealismo disfrazado, neo-positivista, funcionalista, colateral a la historia y a la arqueología social que, en su torpeza o su mala fe reproduce de manera perversa las condiciones ideológicas que el sistema ha diseñado en pro de la ignorancia y contra la justicia social.

2. Ciertamente se puede hacer historia sin explicitar la condición valorativa de nuestra posición teórica. Se puede concretar qué problema histórico pretendemos resolver (su área ontológica) y de qué manera queremos hacerlo (el área epistemológica-metodológica) y con ello, en el mejor de los casos, avanzaremos en el conocimiento de las sociedades históricas, pero por puro coleccionismo erudito de estampas pseudo-analíticas del pasado. Y esto, tarde o temprano, acabará planteando más preguntas valorativas generales que respuestas históricas particulares nos haya proporcionado:

- ¿por qué estudiamos la aparición del estado?
- ¿para qué analizamos las sociedades esclavistas?
- ¿con qué fin nos dedicamos al pasado?

No nos engañemos. Los silencios en los aspectos valorativos de una posición teórica sólo pueden esconder o una falta de previsión y conocimiento en los fundamentos básicos de la producción del conocimiento (caldo de cultivo idóneo para ser instrumentalizado) o, más bien, una malévola ocultación de los fines expresos de la investigación que no tienen por qué ser saludables ni humanitarios como venimos creyendo desde nuestros principios ilustrados.

Que la ciencia es buena de por sí y que es el motor del progreso humano es una concepción tan falsa como queramos ver si asistimos y contabilizamos el cúmulo de

aplicaciones espúrias de las investigaciones que con los mejores o los peores fines emprendieron los investigadores en el siglo pasado. Ingenuamente podríamos proponer que ojalá la utilización de muchos de estos avances hubieran venido dotados de un mecanismo de control directamente accionado por el área valorativa que inspiró el proyecto: utilizar la aviación, la carrera espacial, la medicina, la genética, esta bacteria, o los mismos ideales democráticos.. con quién y para qué.

3. Por otro lado, los fundamentos sobre los que se levanta la investigación –como hemos dicho- deben ser explícitos para poder ser refutados (o validados) de manera interna o externa, es decir, tanto a través de su lógica teórico-procedimental como de su significatividad específica respecto a otras posiciones teóricas asimétricas.

Resulta evidente que esta área valorativa nos remite a unos parámetros éticos y políticos singulares y explícitos que dotan a la investigación y a sus posibles logros de un principio teleológico y de un fin social. De ahí que la carga ideológica de estos parámetros (su interpretación del mundo y su orientación política global) resulte fundamental para articular la ciencia con la sociedad.

4. Sin teoría no hay fundamentos igual que sin ideología no hay compromiso social. Al liberalismo se le llena la boca de valores e ideales, pero siempre se humilla ante el precio de la libertad. Ante el capitalismo post-industrial ni la justicia ni la igualdad tienen cartas que jugar. De ahí que si “se acaba la Historia” el progreso pierda cualquier seña ideológica incluso de la postmodernidad.

Hoy, defender la ciencia verdadera y única, objetiva y aséptica, desideologizada, lejos de ser una apuesta por el progreso resulta un cheque en blanco a la injusticia social. El progreso occidental siempre se ha montado sobre la explotación de los marginados políticos, sociales, raciales, sexuales,... Allá donde hay riqueza y bienestar siempre ha habido antes un cruel sometimiento de la vida de miles de seres humanos para el disfrute egoísta y personal de unos pocos. Cambiamos leche por Coca-Cola y arroz por caviar.

La globalización y su producción en serie de conceptos “al vacío” han conseguido inundar nuestro mundo de etiquetas que refieren la esfera ideológica pero sin carga social. La *revolución* se ha convertido en una marca de vaqueros y la *rebelión* en el mensaje de la nueva bebida frutal. A la vez, en los centros educativos públicos se han puesto los medios institucionales y sociales para que se “produzcan” buenos consumidores sin espíritu crítico ni aspiración humana de mejorar (Gracián, 2001). De aquellos ideales de nuestra reforma educativa sólo han sobrevivido los que por la ley de la oferta y la demanda tenían todas las garantías para ello. Los derechos no se usan a conciencia, sólo se consumen e, incluso, las becas de las Administraciones para dotar a las familias de medios que garanticen la continuidad del alumno y el acceso al material didáctico se emplea por éstos escandalosamente en la compra de

ciclomotores para cuyo disfrute no dudan de interrumpir a cualquier hora del día su horario escolar.

Poseemos datos impecables (cuantitativos) de estos niveles de escolarización, de la reducción de las tasas de analfabetismo, pero no –todavía– de cómo acaban laboral, social, ideológica y cívicamente estos alumnos. Aquí también habría que preguntarse ante la apuesta de educar por su propio valor intrínseco: ¿desde qué perspectiva y con qué fin? Si esto es educar, ¿a quién beneficia el producto? ¿Por qué desde hace años las apuestas de los regímenes liberales, incluso los gobernados por social-demócratas, no dudan en reducir los presupuestos de la educación pública y otros medios de actuación social?

5. La Historia tiene mucho que aportar en la definición del modelo social. Poseemos modelos históricos y datos específicos sobre cómo pasar de uno a otro, sus peligros, sus engaños,... Y estas referencias para muchos es mejor que “no consten”. La mayor parte de las posiciones ideológicas ya están claramente conceptualizadas desde hace muchos años, pero resulta muy incómodo para el poder soportar el coste social de una opinión pública que, presa de simplificaciones y carente de memoria histórica, cuente, no obstante, con quien le explique por qué Bush posee unos argumentos idénticos a los de Hitler, Mussolini o Franco en el siglo pasado.

La ideología no es nunca peligrosa cuando es explícita, franca y coherente. Así no se engaña ni manipula a nadie. Cuando sí se manipula a la gente es cuando se asegura a un público bienintencionado que no se le va a vender nada y se le empieza a hablar de lo magnífico que es estar bien informado, poseer una base de datos permanentemente actualizada, tener al alcance los avances científicos de la Humanidad y transmitir a los hijos estos hábitos (los valores de la ciencia por sí misma), para, al final, señalarte que sin su Enciclopedia en veintidós tomos uno no es más que un ignorante que rehusa gastarse una módica mensualidad en cultivarse y que, además, es tan malnacido que limita el futuro personal e intelectual de sus hijos por haberles negado esta posibilidad de ser espíritus cultivados (la parcela privada de explotación de esta ciencia, su función social oculta bajo la dignidad oficial).

La ciencia se compra y se vende en participaciones del progreso humano, pero esto nunca se dice. Rehusa permanentemente a decir con qué fin y para quién trabaja. Pero esto no quiere decir que no tenga ideología, únicamente que el fin es tan distinto del que se presume que mejor es ocultarlo. Sólo la ideología dota de conciencia personal y social, sólo la ideología mueve al mundo y establece sus fines para orientarlo. Junto a ella, la política es la vía como conseguir los objetivos tramados, el método de los grupos con intereses materiales de cualquier género para convertirlos en ideas deseables para la mayoría y esto es también ideología. De hecho funciona como una coartada de la economía que convierte el interés individual en la aspiración general a sabiendas de que su realización definitiva conlleva el aumento radical de la distancia social existente entre los grupos que la generan y los que están llamados por los

resortes del poder a respaldarla. Por ello, todos los Estados fundados sobre estas condiciones legislan sobre los elementos más formales y exteriores, decorativos, de la estructura social, pero ello para no tocar los verdaderos fundamentos del régimen: el reparto de la propiedad, el pago honrado al trabajador y la defensa real de la justicia social, aspectos centrales que denuncia explícitamente la ideología marxista.

De igual forma que la existencia humana sin conciencia es como un paseo por ideales “blandos”, **la Historia sin ideología es pura ingeniería del pasado**; un mapa conceptual de los vectores población, tiempo y espacio; geometría plana de hechos, personajes y relatos. Por contra, por su función social es capaz de convertirse en un proyecto, en un objetivo, en un modelo de sociedad que ya viene formado en los errores de otros anteriores y, por ello, capacitado para enfrentarse a nuevos engaños. Es de esta manera capaz de cobrar vida, de recuperar el aliento y el empuje de los que sufrieron la desigualdad y la injusticia en el pasado para convertirse ahora en el referente inmediato de otro mundo más libre y, por ello, más ideologizado.

4. Notas

¹ A esta tendencia a saltar de una posición teórica a otra a veces más por modas, presiones sociales u oportunidades institucionales que por algún procedimiento de crítica racional Popper la llama “la ley de la chusma” (Gándara, 1993: 11).

² La cita de los autores, no obstante, es de 1985 y se refiere a México. Su aplicación a las condiciones históricas actuales de nuestro país y únicamente al colectivo de los arqueólogos “no funcionarizados” es una licencia personal. Con todo, tal vez sería más exacto decir que hoy casi todos sienten atracción por los fundamentos teóricos del materialismo histórico y por la crítica social del marxismo, aunque más común aún es el temor entre profesionales a ser demonizados por ello y marginados de los puestos más importantes de las instituciones del Estado, funciones para las que esta postura radical resulta incompatible. Con estas etiquetas en nuestro país el reconocimiento y el prestigio profesional resultan prácticamente imposibles, lo que ofrece una clara muestra de la pobreza intelectual e institucional de nuestro actual régimen democrático.

³ Resulta significativo el descenso de los niveles de conciencia social (teórico; lógicamente, el real difícilmente pueda medirse) entre aquellos compañeros que ya ocupan puestos de responsabilidad académica o política en las distintas instituciones del Estado. Salvo honradísimas excepciones, este número es inversamente proporcional a la relevancia pública alcanzada. O, dicho de otro modo, cuanto más importante es el cargo desempeñado (y mayor su gratificación social vía salario) menor es el compromiso social y la voluntad de emprender desde la justicia algún cambio. Bajo esta óptica incluso cabe preguntarse si “ser de izquierda” no se habrá convertido desde los años setenta en una etiqueta populista imprescindible para “subirse al carro” y, a la vez, en un lastre difícilmente soportable para permanecer en él cuando estrecha sus condiciones contractuales el Estado. Ya sabemos todos que hoy la

investigación y la cultura sólo se mantienen gracias a los fondos institucionalmente gestionados y que en ese pesebre la disidencia es un derecho penado.

⁴ El subrayado, lógicamente es nuestro. Hemos intentando con él destacar la gran cantidad de propuestas que este autor hizo para la superación de los estrechos márgenes en que se movía la arqueología de su tiempo, la gran mayoría de las cuales forman ya parte inexcusable del programa de la Arqueología Social iberoamericana. Otras escuelas, en cambio, que en su día reivindicaron en igual medida su filiación teórica con éste si se distinguen por algo es precisamente por las carencias de sus resultados en estos temas.

⁵ Lejos de estructurar un discurso vehemente sobre esta propuesta programática y aprovechando la elocuencia de estos investigadores a la hora de concretar sin textos prolijos, pero sin caer tampoco en un simplismo que no haga justicia con el texto original, hemos preferido sintetizar esta formulación en pocas líneas, lo que, además de arriesgado, puede no mover al entusiasmo de sus autores. Queden ellos, lógicamente, excusados de las limitaciones de esta generalidad.

5. Bibliografía.

- AAVV, 1979: "Hacia una arqueología social (reunión en Teotihuacán, octubre de 1975)". *Nueva Antropología*, año III, nº 12, pp. 65-92.
- ALCINA FRANCH, J., 1991: "La Arqueología en España: una revisión crítica de sus planteamientos teóricos". *TP* 48 1991, pp. 13-28.
- ARÓSTEGUI, J, 1995: *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona.
- BALÍBAR, E., 1976: "Sobre la dialéctica histórica. Algunas anotaciones críticas a propósito de En: PARAIN, BARCELÓ, FRANCASTEL et al.: *Para leer 'El Capital'*". *Hacia una nueva historia.*, pp. 129-156. Madrid.
- BARCELÓ, A., 1976: "Historia y teoría económica. (Esbozo de una teoría intersistemas)". En: PARAIN, BARCELÓ, FRANCASTEL et al.: *Hacia una nueva historia.*, pp. 35-58. Madrid.
- BARROS, C., 1995: "La Historia que viene". En BARROS, C., Ed: *Historia a debate*, I, pp. 95-117. Santiago de Compostela.
- BATE, L. F., 1978: *Sociedad, Formación Económico Social y Cultura*. México.
- BATE, L. F., 1982: "Relación general entre teoría y método en arqueología". En BATE, L.F., GÁNDARA, M., MATOS, et al: *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, pp. 3-50. México.
- BATE, L. F., 1989: "Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica". *Boletín de Antropología Americana* 19, pp. 5-29. México.
- BATE, L. F., 1992: "Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico". *Boletín de Antropología Americana* 26, pp. 49-67. México.
- BATE, L. F., 1998: *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica. Barcelona.

- BATE, L.F. y NOCETE, F., 1993: "Marxismo y Arqueología. Un fantasma recorre la Arqueología (no sólo en Europa)". *Arqritica* 6, pp. 7-12.
- BOIS, G., 1988: "Marxismo y nueva historia". En LE GOFF, J., CHARTIER, R., y RAVEL, J., Dir: *La nueva historia*, pp. 432-450. Bilbao.
- BOURDÉ, G. y MARTÍN, H., 1992: *Las escuelas históricas*. Madrid.
- BRIONES, G., 1990: *Métodos y técnicas de investigación en ciencias sociales*. México.
- BURGUIÈRE, A., 1988: "La antropología histórica". En LE GOFF, CHARTIER Y RAVEL, Dir: *La nueva historia*, pp. 38-62. Bilbao.
- CARANDINI, A., 1984: *Arqueología y cultura material*. Crítica. Barcelona.
- CARBONELL, Ch. O., 1993: "Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia". En ANDRÉS-GALLEGO, Dir: *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva Historia*, pp. 91-100. Madrid.
- CASANOVA, J., 1991: *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?* Barcelona.
- CHARTIER, R. y ROCHE, D., 1988: "Historia social". En LE GOFF, CHARTIER y REVEL, Dir: *La nueva historia*, pp. 577-583. Bilbao.
- CHILDE, G., 1984: "La cultura en la arqueología y en la antropología". *La evolución social*. pp. 39-50. Madrid.
- DAVIS, N. Zemon, 1991: "Las formas de la historia social". *Historia Social* nº 10, primavera-verano, pp. 177-182.
- ECHEVARRÍA, B., 1995: "Marxismo e Historia en los años 90" (mesa redonda "B"). *Historia a debate*, I, pp. 69-91. Santiago de Compostela.
- FONTANA, J., 1992: *La Historia después del fin de la Historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Barcelona.
- FRANK, R.L., 1981: "Marxismo e Historia Antigua". *El marxismo y los estudios clásicos*, pp. 37-50. Madrid.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1982a: "La vieja 'nueva arqueología'. Primera parte". En BATE, L.F., GÁNDARA, M., MATOS, et al: *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, pp. 59-98. México.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1982b: "La vieja 'nueva arqueología'. Segunda parte". En BATE, L.F., GÁNDARA, M., MATOS, et al: *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, pp. 99-160. México.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1987: "Hacia una teoría de la observación en arqueología". *Boletín de Antropología Americana* 15, pp. 5-13. México.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1992: "El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social". *Boletín de Antropología Americana* 25, pp. 93-104. México.

- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1993: "El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social". *Boletín de Antropología Americana* 27, pp. 5-20. México.
- GÁNDARA, M., LÓPEZ, F. y RODRÍGUEZ, I., 1985: "Arqueología y Marxismo en México". *Boletín de Antropología Americana* 11, pp. 5-17. México.
- GARCÍA FERRANDO, M., IBÁÑEZ, J. y ALVIRA, F., 1994: *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid.
- GEREMEK, B., 1993: "Entre lo individual y lo colectivo, ¿historia social o historia moral?". En ANDRÉS-GALLEGO, Dir: *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, pp. 83-90. Madrid.
- GODELIER, M., 1971: *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*. Barcelona.
- GODELIER, M., 1973: *Horizon, trajets marxistes en anthropologie*. París.
- GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C. (ed.), 1993: *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*. Bilbao.
- GRACIÁN, B., 2001: "El desmantelamiento de la enseñanza pública en España". *Le Monde Diplomatique* nº 71 (Septiembre).
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1997: *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*. Valencia.
- HELLER, A., 1985: *Historia y vida cotidiana*. Méjico.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E, 1995: *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid.
- HOBBSAWN, E.J., 1991: "De la historia social a la historia de la sociedad". *Historia Social* nº 10, primavera-verano, pp. 5-25.
- IGLESIAS GARCÍA, M., 1999: "La Historia como instrumento al servicio del poder". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. II. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. pp. 309-333. Cádiz.
- JULIÁ, S., 1989: *Historia social/Sociología histórica*. Madrid.
- JULIÁ, S. y MARTÍNEZ, A., 1994: *Teoría e Historia de los sistemas sociales*. Madrid.
- LE GOFF, J. y NORÁ, P. (dir.), 1978: *Hacer la Historia*, vol. I: "Nuevos problemas"; vol. II: "Retorno al sujeto"; y vol. III: "Nuevos enfoques". Barcelona.
- LÉVÊQUE, P., 1976: "Problemas teóricos de la Historia y sociedades antiguas". En SADOUL, LE GOFF, VILAR et al.; *La Historia hoy*, pp. 85-112. Barceona.
- LUMBRERAS, L. G., 1981: *La Arqueología como Ciencia Social*. Lima.
- MARTÍN, J.L., 1995: "La Historia en las Universidades" (mesa redonda "K"). En BARROS, C., ed.: *Historia a debate*, I, pp. 62-66. Santiago de Compostela.
- MILLET, L. - VARIN D'AINVELLE, M., 1972: *El estructuralismo como método*. Madrid.
- MONIOT, H., 1978: "La historia de los pueblos sin historia". *Hacer la historia...*, I. Barcelona, pp. 117-134.

- MONTANARI, E., FERNÁNDEZ DE PINEDO, E., DUMOULIN, O. *et al*, 1993: *Problemas actuales de la Historia*. Salamanca.
- MONTAÑÉS CABALLERO, M., 1999: "La Arqueología Social latinoamericana. Balance historiográfico y esbozo de contenidos". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. II. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 277-283. Cádiz.
- PAGÉS, P., 1983: *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Barcelona.
- PANIAGUA, J., 1997: "Dejad a los políticos en la cuneta. La historia social busca su propio espacio". *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia* nº 12 (abril), pp. 25-35.
- PATTERSON, T.C., 1986: "La creación de la cultura en las formaciones sociales pre-estatales y no-estatales". *Boletín de Antropología Americana* 14, pp. 53-61. México.
- PATTERSON, T.C., 1989: "La historia y las arqueologías post-procesuales". *Boletín de Antropología Americana* 20, pp. 5-18. México.
- PATTERSON, T.C., 1990: "Algunas tendencias teóricas de la posguerra en la arqueología estadounidense". *Boletín de Antropología Americana* 21, pp. 5-23. México.
- PATTERSON, T.C., 1994: "Social Archaeology in Latin America: an appreciation". *American Antiquity* 59 (3), pp. 531-537.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, M., 1999: "Historia de la investigación prehistórica en España (primera mitad del siglo XX). El Neolítico como ejemplo de dos interpretaciones historicistas". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. II. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 221-245. Cádiz.
- PESSEZ, J.-M., 1988: "Historia de la cultura material". En LE GOFF, J., CHARTIER, R., y RAVEL, J., Dir: *La nueva historia*, pp. 115-148.
- PLA, A.J., 1980: *La historia y su método*. Barcelona.
- POMIAN, K., 1988: "La historia de las estructuras". En LE GOFF, J., CHARTIER, R., y RAVEL, J., Dir: *La nueva historia*, pp. 196-221.
- PRIETO ARCINIEGA, A., 1976: *La historia como arma de la reacción*. Madrid.
- RAMOS MUÑOZ, J., 1997: "Disputados entre la Antropología y la Historia. Un acercamiento socioeconómico para el estudio de los cazadores-recolectores". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. I. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 7-32. Cádiz.
- RAMOS MUÑOZ, 2000: "Las formaciones sociales son mucho más que adaptación ecológica". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. III. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 29-46. Cádiz.

- RAMOS MUÑOZ, J., CANTALEJO DUARTE, P. y ESPEJO HERRERÍAS, M., 1999: "El arte de los cazadores recolectores como forma de expresión de los modos de vida. Historiografía reciente y crítica a las posiciones eclécticas de la posmodernidad". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. II. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 151-177. Cádiz.
- RUIZ, T.F., 1995: "La Historia en las Universidades" (mesa redonda "K"). En BARROS., C. Ed: *Historia a debate*, I, pp. 62-66.. Santiago de Compostela.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1991: "Teoría y Metodología en Arqueología". *XX Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 11-21. Zaragoza
- SAMUEL, R., BREUILLY, J., CLARK, J.C.D. *et alii*, 1991: "¿Qué es la Historia Social...?" *Historia Social* nº 10, primavera-verano, pp. 135-149.
- SANOJA, M., 1984: "La inferencia en la arqueología social". *Boletín de Antropología Americana* 10, pp. 35-44. México.
- SCHMITT, J.-C., 1988: "La historia de los marginados". En LE GOFF, J., CHARTIER, R., y RAVEL, J., Dir: *La nueva historia*, pp. 400-431. Bilbao.
- SUTER, A., 1997: "Histoire sociale et événements historiques. Pour une nouvelle approche". *Annales HSS (Histoire, Sciences Sociales)* 1997 nº 3, pp. 543-567.
- THOMPSON, E.P., 1981: *Miseria de la teoría*. Barcelona.
- TOPOLSKI, I., 1982: *Metodología de la Historia*. Madrid.
- TRIGGER, B.G., 1982: "La arqueología como ciencia histórica". En BATE, L.F., GÁNDARA, M., MATOS, et al: *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, pp. 231-265. México.
- VALDEÓN BARUQUE, J., 1995: "La historiografía española de finales del siglo XX". En BARROS., C. Ed: *Historia a debate*, pp. 309-317.
- VARGAS-ARENAS, I., 1985: "Categoría de las mediaciones entre formación social y cultura". *Boletín de Antropología Americana* 12, pp. 5-16. México.
- VARGAS-ARENAS, I., 1986a: "Arqueología , Ciencia y Sociedad". *Boletín de Antropología Americana* 14, pp. 5-52. México.
- VARGAS-ARENAS, I., 1986b: "Sociedad y naturaleza: en torno a las mediaciones y determinaciones para el cambio en las formaciones económico-sociales preclásicas". *Boletín de Antropología Americana* 13, pp. 65-74. México.
- VELOZ MAGGIOLO, M., 1984: "La arqueología de la vida cotidiana: matices, historia y diferencias". *Boletín de Antropología Americana* 10, pp. 5-21. México.
- VEYNE, P. , 1972: *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*. Madrid.
- VILA, A., ESTÉVEZ, J., 1989: "'Sola ante el peligro': la Arqueología ante las ciencias auxiliares". *AEspA* 62, pp. 272-278.
- VILAR, P., 1978: "Historia marxista, historia en construcción". En LE GOFF, J., CHARTIER, R., y RAVEL, J., Dir: *Hacer la historia*, I, pp. 179-219. Barcelona.

VILAR, P., 1982: *Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*. Paris 1982.

WICHKAM, C., 1995: "Marxismo e historia en los años 90" (mesa redonda "B"). *Historia a debate*, I, pp. 69-91. Santiago de Compostela.